

# Los medios y la formación de la voz en una sociedad democrática

Carlos Zeller

Universitat Autònoma de Barcelona  
 Departament de Periodisme i de Ciències de la Comunicació  
 08193 Bellaterra (Barcelona), Spain

---

## Resumen

El campo periodístico se ha transformado profundamente en las últimas décadas. Estos cambios estructurales han modificado la estructura interna del campo, especialmente a través de la segmentación del oficio de periodista y de su relación con la esfera política. Si consideramos el periodismo desde la racionalidad democrática, vemos que presenta un conjunto de importantes patologías sociales que dificultan cualquier proceso de desarrollo de una ciudadanía cultural y de una democracia deliberativa. Plantear el periodismo como un *bien público* puede contribuir a mejorar el periodismo realmente existente y hacer más democrático el proceso de formación de la voz de los diferentes y grupos y actores sociales.

**Palabras clave:** bien público, campo periodístico, ciudadanía cultural, imaginación periodística, opinión pública, formación de la voz, periodistas.

**Abstract.** *The media and the creation of the means of expression in a democratic society*

---

The field of journalism has undergone a profound transformation in recent decades. These structural changes have modified the internal structure of the field, particularly through the segmentation of the profession of journalism and the relationship between journalism and the political sphere. If we consider journalism from the rationale of democracy, we can see that it suffers from a number of major social disorders which hinder the development of a cultural citizenship and a deliberative democracy.

By considering journalism as being *in the public interest*, existing journalism can be improved and the creation of a voice for the various social groups and players can be made more democratic.

**Key words:** public interest, field of journalism, cultural citizenship, imaginative journalism, public opinion, creation of a voice, journalists.

---

## Sumario

Transformación del campo periodístico	A modo de conclusión
La información como mal público	Bibliografía
La información como bien público	

La televisión es ambivalente: es un instrumento que nos permite hablar, pero que a su vez nos conduce al silencio [...] En lugar de ser instrumento de la televisión deberíamos convertirla en instrumento de comprensión, a fin de que estuviera al servicio de lo que se quiera decir.

Pierre Bourdieu

Yo no participo en los debates. No considero admisible su forma; no transmiten nada. En esa verborrea se impone el que habla más tiempo o el que consigue ignorar a los demás del modo más estricto. Y además es imposible que salga nada fuera de la norma pues el moderador en tal caso interrumpe, precisamente cuando aparece algo interesante o rompedor.

Günter Grass

Conversación entre G. Grass y P. Bourdieu

El trabajo de los periodistas e informadores, así como el de otros oficios y profesiones, se realiza en un marco organizacional muy específico y que ha sufrido profundas mutaciones a lo largo de las tres últimas décadas. Las actuales estructuras de producción de la información están completamente atravesadas por lógicas económicas y políticas que condicionan, a través de múltiples factores, el trabajo de los periodistas. Esta transformación estructural se ha traducido, entre otras cosas, en un acotamiento, por así decirlo, de la autonomía de los periodistas, al mismo tiempo que el campo periodístico asume un lugar central en el proceso de reproducción social y económica. Esta situación, aparentemente contradictoria, refleja una especie de intercambio macrosocial en el cual el campo periodístico condiciona su propia organización y su propio funcionamiento a las lógicas económicas y políticas, y a cambio adquiere una gran capacidad para influir en el funcionamiento del sistema político y, en un proceso de más largo plazo, en la misma reproducción social.

El oficio de periodista se ha transformado definitivamente, hasta tal punto que en el campo periodístico, y en términos más generales en la industria comunicativa, coexiste un buen número de actividades profesionales vinculadas directamente a la producción informativa que son, en realidad, sustancialmente diferentes y que funcionan con distinto grado de complementariedad entre sí. Una aproximación sociológica a la profesión periodística actual nos muestra una tipología de actividades profesionales vinculadas a la «información», que se denominan de la misma forma pero que, en realidad, corresponden a perfiles profesionales muy diferenciados, con cualificaciones específicas y cuyo trabajo da lugar a «productos» periodísticos difícilmente comparables, más allá de que todos ellos se engloben en el término actualmente difuso de *periodismo*. Estas diferencias van más allá de las diversas situaciones de estatus que se dan dentro de la profesión de periodista, o de la característica segmentación del mercado de trabajo que establece una serie de condiciones en el con-

texto de una carrera profesional. Esta fragmentación del oficio, una consecuencia directa de la transformación estructural del campo periodístico, nos obliga a precisar qué entendemos por periodismo y en qué consiste básicamente el trabajo de un periodista.

Este artículo pretende reflexionar acerca de las condiciones que son necesarias para poder superar los límites tan estrechos que las actuales estructuras de producción de la información imponen a la actividad periodística. La perspectiva de cualquier transformación significativa en el campo periodístico, y en el lugar que ocupa el periodismo en la vida pública y en la sociedad, está condicionada por la necesidad de un cambio social profundo. Un cambio que tenga como contenido la valoración de la información como un *bien público*, así como una redefinición del periodismo, de tal forma que el objeto fundamental del trabajo periodístico, en esta nueva concepción, sea hacer comprensible los hechos sociales, políticos, económicos, culturales que marcan la vida social al mayor número posible de personas. Esto implica, además, desarrollar la noción de cultura periodística o comunicativa, en un sentido parecido al de cultura económica y cultura política, es decir, como un espacio constitutivo de la estructura ideológica y simbólica de la sociedad en donde existen valores socialmente compartidos junto a otros valores en formación que son objeto de pugna entre los distintos grupos sociales. Así, la cultura periodística de los periodistas y trabajadores de la información —aquello que en una visión reductora se llama «valores noticia»— tendrá frente de sí la cultura periodística de la población, articulada sobre valores democráticos y sobre necesidades que nacen de la lógica democrática (un periodismo que contribuya a extender entre la población lo máximo posible la *ciudadanía cultural*, entendida, entre otras cosas, como la capacidad de situar reflexivamente los acontecimientos y utilizar con autonomía la información) y no de las restricciones organizacionales del campo periodístico.

## Transformación del campo periodístico

La crisis de algunos actores centrales del campo periodístico<sup>1</sup> ha puesto de manifiesto la necesidad de repensar la información periodística en relación con la vida pública y con el funcionamiento de la democracia en las sociedades de capitalismo avanzado. La actividad de los medios de comunicación se ha converti-

1. Los parámetros de la crisis del periodismo contemporáneo los podemos visualizar en el interior mismo del campo periodístico y también, externamente, en el ámbito societal. En el primer caso, resulta significativa la situación de total ambigüedad en que se encuentra en la actualidad la definición de los contornos profesionales del oficio. ¿Qué es ser periodista? ¿Es periodista quien trabaja en un medio escribiendo noticias, o lo es cualquiera que escriba noticias o que muestre la «actualidad» con una cámara de televisión? Esta confusión hoy día se ha extendido hasta el propio mecanismo de formación de la fuerza de trabajo, algo fácilmente constatable mirando la definición que las distintas universidades proporcionan de los estudios de periodismo y, sobre todo, la estructura de sus planes de estudio. De igual manera, podemos constatar cómo siempre después de una situación crítica para el periodismo (tratamiento dado

do en una de las piezas más dinámicas de la industria cultural y, más importante aún, en un factor clave de la estructuración de la vida social y política. La constatación de este hecho social fundamental es razón más que suficiente para situar el campo periodístico<sup>2</sup> en un lugar preferente dentro de la reflexión crítica.

La observación metódica de la actividad del campo periodístico nos muestra un fenómeno social complejo y contradictorio. Por un lado, vemos como el campo periodístico se constituye en uno de los ejes centrales del proceso de reproducción social, al mismo tiempo que los efectos que provoca su forma de funcionar genera una de las mayores patologías sociales que afectan a la vida democrática.

Las organizaciones políticas utilizan el campo periodístico como el escenario natural de la competencia política<sup>3</sup>, su «espacio público» particular para

---

a las diferentes crisis de opinión pública; casos exacerbados de sensacionalismo; situaciones de manifiesto vasallaje frente al poder político), desde dentro del campo, algunos miembros con cierto poder y voz propia realizan exámenes muy críticos. En un sentido más amplio, desde los actores hegemónicos del campo se ha intentado articular una cierta respuesta a esta crisis a través del desarrollo de nuevos perfiles profesionales. Así cabe entender el desarrollo de «modelos periodísticos» tales como el llamado «Periodismo de precisión», el «*Public Journalism*», el «Periodismo cívico», que supuestamente podrían dar respuesta a algunas de las manifestaciones de la crisis. La constitución de autoridades más o menos independientes con capacidad para ejercer algún tipo de control sobre el campo periodístico, como son los Consejos del Audiovisual y, dentro de los medios, la figura del Defensor del Lector es indicativa a este respecto.

2. El concepto de campo, formulado por Pierre Bourdieu en 1975, constituye un poderoso instrumento para el análisis de distintos espacios sociales. Su autor lo ha utilizado para analizar distintos segmentos de la producción artística y cultural y, muy significativamente, el espacio de la producción científica. Según Bourdieu, «la noción de campo pretende designar ese espacio relativamente autónomo, ese microcosmos provisto de sus propias leyes. Si bien está sometido, como el macrocosmos, a leyes sociales, éstas no son las mismas. Si bien nunca escapa del todo a las coacciones del macrocosmos, dispone de una autonomía parcial más o menos marcada con respecto a él». Cualquier campo se puede definir como un espacio que comprende relaciones de fuerza y dominación. Estas relaciones de fuerza condicionan la posición de los distintos agentes dentro del campo y su grado de autonomía para operar dentro de él, así como el poder, tan significativo, de intentar cambiar siquiera parcialmente las reglas de juego que pautan el funcionamiento del campo (Bourdieu, 2000). Para Bourdieu, el campo periodístico se caracteriza precisamente por ser más dependiente de fuerzas externas que los demás campos de la producción cultural y esto a pesar de la influencia decisiva que el campo periodístico ejerce en el arte, la literatura, el teatro o el cine. Nos parece que esta noción resulta más comprensiva y más eficaz para captar todos los contornos de un fenómeno social tan complejo como la comunicación y el periodismo que la noción de economía política de la comunicación, en la que había una relativa infravaloración de los aspectos más sociológicos de los hechos comunicativos. La capacidad del modelo de análisis de Bourdieu para integrar en un espacio coherente la posición de los distintos actores en relación con las reglas que rigen el funcionamiento del campo y de hacer visible cómo estas reglas condicionan, aunque en grado diferente, todas las acciones de sus agentes, lo convierte en un instrumento muy potente para el análisis de los diferentes hechos comunicativos y culturales.
3. Para un análisis exhaustivo de las relaciones entre el campo político y el campo periodístico, véase CHAMPAGNE, P. (1998). «La doble dependencia: algunas observaciones sobre las relaciones entre los campos político, económico y periodístico». En *Comunicación y Política*, Barcelona: Gedisa.

dirimir sus controversias, canalizar sus propuestas a la sociedad, difundir sus proyectos, publicitar su sistema de valores, articular movilizaciones e impulsar sus puntuales acciones colectivas. La lógica con que funciona el campo periodístico, una racionalidad derivada de las particularidades del periodismo, por un lado, y de la estructura económica y organizacional de la industria periodística, por otro, ha condicionado en buena medida la actividad cotidiana de las organizaciones políticas.

Ciertamente, no se trata de un proceso unidireccional en el cual el campo periodístico contribuiría a estructurar la competencia política sin sufrir a su vez influencias significativas. La organización de la poliarquía política tiene como pieza central de su equilibrio y buen funcionamiento la articulación de la industria periodística en grandes conglomerados (los grupos de comunicación), que se alinean según las opciones políticas mayoritarias. La particular adscripción político-ideológica de estos grupos de comunicación es un factor constitutivo del equilibrio político en las sociedades de capitalismo avanzado. Así, desde los años ochenta es perfectamente visible la configuración de, por así decirlo, mapas del poder comunicativo construidos con los mismos parámetros de la distribución del poder político. Este hecho ha dotado, si cabe, aún de más fuerza y estabilidad a los modelos políticos basados en el bipartidismo<sup>4</sup>.

Al mismo tiempo, la industria periodística se ha convertido en un espacio fundamental para el buen funcionamiento económico y social del capitalismo, tanto por su capacidad para atraer todo tipo de inversiones como por mostrarse como una industria especialmente dúctil a la innovación tecnológica y social.

Esta situación «privilegiada» del campo periodístico, que le permite ejercer una influencia sustantiva sobre la vida política y social, ha inducido también cambios fundamentales en la información periodística y en el propio oficio de periodista. La transformación estructural del campo ha trastocado todos los aspectos de la información, ha modificado la cultura profesional de los periodistas, ha segmentado la información según nuevas pautas y ha dado lugar a nuevos modelos periodísticos que, por una parte, se pueden considerar como respuestas adaptativas al cambio y, por otra parte, son la expresión de una crisis estructural que atraviesa a la institución periodística y su lugar que ocupa dentro de la vida pública.

Toda institución pública, en tanto que construcción social, puede y ha de ser sometida constantemente a una crítica rigurosa. Esto es condición imprescindible para asegurar un funcionamiento normal y democrático del extenso entramado institucional que conforma la vida social en una sociedad compleja. Sin embargo, esta tarea fundamental en la mayoría de los casos se enfrenta a obstáculos muy importantes. Cuando la institución en cues-

4. GIORDANO, E. (1994). «Un nuevo mapa político de la comunicación en Europa». *Voces y Culturas*, 7. Barcelona, 1994.

ción se estructura en torno a una profesión que ha logrado acumular un capital simbólico y organizativo considerable (el ejemplo de la sanidad pública y los médicos es muy significativo), las dificultades para someter su funcionamiento a un examen crítico resultan muy difíciles de superar, llegando en ocasiones a transformarse en una auténtica barrera constituida por elementos de corporativismo, cultura profesional, y, quizá lo más significativo, por una cierta sensación de incompetencia para articular una demanda fundada entre los usuarios y la población en general. Los medios de comunicación, y el campo periodístico en su conjunto, no son ajenos a esta lógica. Una revisión medianamente cuidadosa de la bibliografía científica sobre el campo periodístico pone de manifiesto un déficit considerable de reflexión sistemática y de conocimiento científico acerca de las numerosas «disfunciones» que se dan entre el periodismo y la vida democrática. Esta carencia es responsabilidad de la comunidad de científicos sociales, de las universidades y de los analistas independientes, pero también lo es de la sociedad, que no ha sabido articular un conjunto de demandas sociales sobre la institución periodística.

En buena medida, estas carencias tienen que ver con la propia conformación del campo periodístico, en particular su complejo equilibrio de fuerzas, y su especialísimo estatus dentro del conjunto de la estructura social del país. La cultura periodística<sup>5</sup> hegemónica, que dota a los periodistas de un recurso importante para negociar su lugar frente a otros actores del campo periodístico, esta constituida por un conjunto de nociones tales como «objetividad», «independencia», «autonomía» «pluralismo», que, al mismo tiempo, han contribuido a encerrar la actividad periodística en una especie de «burbuja» aséptica aparentemente alejada de las tensiones y de los conflictos de intereses, en un *no objeto* de crítica y análisis social.

5. Tradicionalmente hablamos de cultura periodística en un sentido muy restringido, limitando el alcance del término al conjunto de nociones más o menos articuladas con las cuales los periodistas racionalizan su trabajo, elaboran estructuras de socialización para los recién llegados y proyectan su oficio en el espacio social. No obstante, también podemos pensar la noción de cultura periodística, en un sentido parecido al de cultura política, como un conjunto amplio de valores más o menos afianzados en la sociedad y como un espacio (un componente de la estructura simbólica de la sociedad) en donde los actores y los grupos sociales pugnan por dotar (o modificar) de contenidos a algunos de los parámetros representativos de esta cultura. La ausencia de esta dimensión de la cultura periodística hace difícil objetivar situaciones claras de malestar social frente a determinadas actuaciones del campo periodístico. También ha dificultado, por ejemplo, el desarrollo de estrategias de autoprotección de determinados grupos sociales frente a lo que consideran una agresión sistemática de los medios de comunicación, como ha sido el caso de las mujeres frente a la publicidad. Por otra parte, la constatación de un hecho tan evidente, como es la trascendencia social y política que tiene el campo periodístico, hace aún más incomprensible la identificación de la cultura periodística con la cultura profesional de los periodistas. En cierta manera, es como si la cultura política de la sociedad fuese una pura derivación de los valores de los políticos profesionales.

Esto no significa de ninguna manera que los medios, o la acción de algunos periodistas, no sean criticados. De hecho, podemos ver como el propio campo periodístico es un escenario de batallas feroces que enfrenta diversas líneas de fuerza. Por un lado, entre los grandes actores del campo periodístico (las principales organizaciones empresariales que vertebran la industria de la comunicación y que compiten por su posición en el mercado); entre algunos actores políticos y algunos medios (en este caso el conflicto adopta pautas muy similares a los enfrentamientos que protagoniza la poliarquía en el sistema político); finalmente, conflicto entre algunos miembros de la elite periodística, ya sea por la competencia en el mercado o bien por la influencia política. Más aún, en algunos momentos en que el tratamiento periodístico dado a algún hecho significativo ha puesto de manifiesto socialmente la ineptitud o el fracaso del campo periodístico como conjunto, los propios periodistas (algunos de ellos) critican abiertamente su trabajo. En suma, la institución social medios de comunicación está continuamente en el «ojo del huracán» de las críticas y de los conflictos. El trabajo de los periodistas también es analizado y sometido a un examen riguroso, pero todo este proceso se da esencialmente en los límites de la estructura de poder y, en consecuencia, la perspectiva de la crítica es la que se deriva del propio poder. Por ejemplo, se produce una alarma inmediata si una decisión económica de un actor del campo periodístico o del campo económico afecta al equilibrio de poder (equilibrio inestable por definición) dentro de la industria periodística; o también por las decisiones políticas que tienen efectos sobre la distribución de los recursos periodísticos en el mapa político.

Sin embargo, este control recíproco al que se someten los grandes actores del campo periodístico y que produce un cierto equilibrio de poder entre las elites dirigentes que se caracteriza convencionalmente como pluralismo, no se corresponde en ningún caso con una crítica social articulada ni con un movimiento social que elabora demandas fundadas para plantear al campo periodístico. Desde finales de los años sesenta hemos visto desarrollarse, con mayor o menor fuerza, movimientos sociales en torno a algunas de las principales cuestiones que marcan la vida pública. La acción colectiva de algunos de estos movimientos sociales (significativamente, el movimiento feminista, el movimiento pacifista en los años ochenta en Europa, los movimientos de luchas urbanas y el movimiento ecologista, tanto en los países desarrollados como en el Tercer Mundo) logró crear una agenda política «paralela» a la que mantenían las organizaciones políticas y los grupos de interés tradicionales. Las cuestiones urbanas, la defensa de la sanidad y de la educación pública, del Estado del bienestar en general, la protección de minorías o, más recientemente, las demandas para modificar la naturaleza asimétrica de las relaciones económicas internacionales, han concentrado mucha energía social y han suscitado el interés de mucha gente. Contrariamente, el funcionamiento del campo periodístico, probablemente una de las actividades más sensibles y cargadas de consecuencias de todo signo que puedan realizarse en la sociedad, no ha logrado, al menos en España y en la mayoría de países de capitalismo avanzado, concitar

la crítica reflexiva junto a la movilización social para modificar lo que objetivamente puede calificarse como una seria patología social<sup>6</sup>.

### La información como mal público

Un avance importante de la teoría económica y de la teoría política lo constituye el concepto de bien público o de bien colectivo. Una noción que nos permite distinguir estructuralmente entre los bienes y servicios producidos por el mercado, por una parte, cuyo consumo, normalmente un acto individual, está determinado por el precio y, por otra parte, los bienes públicos, caracterizados por un consumo colectivo y porque, en principio, el acceso a los mismos no está condicionado por la capacidad adquisitiva del usuario potencial. Los bienes públicos, por el mismo hecho de serlo, han de estar a disposición de todos, quedando excluida la posibilidad de marginar a algún usuario a través del mecanismo del precio, como ocurre habitualmente en la economía capitalista.

Según A.O. Hirschman<sup>7</sup>, «se definen los *bienes públicos* como bienes que consumen todos los miembros de una comunidad, país o área geográfica dados, de tal modo que el consumo o uso de un miembro no priva a otro de tal consumo o uso». Los ejemplos dados de posibles bienes públicos (educación pública gratuita y universal, seguridad ciudadana, televisión pública de libre acceso, etc.) plantean un problema complejo: que lo que para alguno es un bien público para otro puede ser un mal público; el ejemplo de la «seguridad ciudadana» resulta muy pertinente a este respecto. Además, una característica de estos bienes es, precisamente, que en muchas ocasiones su consumo no es una opción entre otras, sino que es algo inevitable, a menos que se abandone el espacio geográfico en donde se produce este bien. Éste es el caso, por ejemplo, del medio ambiente o, más específicamente, de la calidad del aire en una determinada comunidad. El ejemplo de la televisión pública es más complejo, pero también, aunque de forma indirecta, nos interpela a todos, seamos o no usuarios. Parece lógico pensar que una televisión pública de gran calidad tendrá efectos beneficiosos sobre el conjunto de la sociedad, más allá de que algunos miembros de esta misma sociedad sean usuarios intensivos, otros tantos lo sean

6. Un caso bastante excepcional a este respecto lo constituye el amplio movimiento ciudadano que se produjo en Praga durante el pasado mes de enero como respuesta a una orientación de la televisión pública que los periodistas y los ciudadanos consideran claramente influida por el poder político. En España, así como en otros países europeos, se han dado puntuales movimientos de crítica de algunas instituciones del campo periodístico, en particular de las televisiones públicas, pero nunca han logrado conectar con sectores de población amplios.
7. HIRSCHMAN, A.O. (1977). *Salida, voz y lealtad*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, p. 97-104. Véase también el apéndice G de este mismo volumen, de Stein ROKKAN. «La política entre la economía y la cultura: seminario internacional sobre *Exit, Voice, and loyalty*», p. 173-185. Para un análisis más detallado de la producción de bienes públicos en el terreno de la información, véase GIORDANO, E.; ZELLER, C. (1999). *Políticas de televisión: la configuración del mercado audiovisual*. Barcelona: Icaria.

ocasionalmente y otros no lo sean en absoluto. Aunque sea en forma de externalidad (consecuencia no deseada ni prevista, y que puede ser negativa o positiva, de una decisión o política pública), la oferta de una televisión de libre acceso y de gran calidad generará beneficios para todos y, contrariamente, una televisión pública sensacionalista, con servicios informativos dominados por el poder político y elaborados desde una cultura periodística convencional, afectará negativamente al conjunto de la sociedad, aunque, ciertamente, en grados diferentes según sea la forma e intensidad en que se vea la televisión y las alternativas de información y cultura de que disponen los distintos grupos sociales.

La extensión, característica y diversidad de los bienes públicos producidos en una sociedad nos dice mucho acerca de la intensidad de la vida democrática, del grado de igualdad alcanzado. Ciertamente, al hablar de bienes públicos también lo hacemos de los males públicos y éstos son un indicador igualmente eficiente para informarnos de la naturaleza real de la sociedad en que vivimos.

Esta forma de pensar la producción, la distribución y el consumo de algunos bienes y servicios fundamentales para la vida pública también puede resultar útil para encarar el problema de la organización de la cultura y de la información en la sociedad. Si pensamos, por ejemplo, en las características tecnológicas de la televisión pública podríamos concluir que es un bien público característico, dado que formalmente su acceso es igualmente libre para todos los usuarios potenciales, el precio no funciona como un elemento excluyente, su uso por parte de una gran cantidad de miembros de la comunidad no limita la capacidad de otros tantos de disfrutar del mismo servicio. Sin embargo, si miramos detenidamente los contenidos de la televisión pública realmente existente, al menos en España, tendremos serias dudas sobre la posibilidad de caracterizarla como un bien público. De manera que este modelo de análisis, que ha sido eficaz para evaluar las políticas públicas y para valorar bienes tales como el medio ambiente, determinados entornos urbanísticos o incluso algunas producciones artísticas, puede constituir un buen instrumento de análisis de la producción cultural y particularmente del campo periodístico, a condición de considerar como aspecto determinante el contenido de la producción y las formas que adopta su consumo.

Esta tarea presupone definir socialmente las características que ha de tener la información para que la podamos considerar un bien público; al tiempo que a través de una crítica social rigurosa y de análisis científicos podamos discernir qué hay de bien y de mal público en el actual campo periodístico. En otras palabras, hemos de revisar críticamente las bases del funcionamiento del campo periodístico en la actual sociedad de capitalismo avanzado. Esta tarea sólo puede ser viable en el contexto de un movimiento social amplio que establezca demandas fundadas a las políticas culturales y a la producción del campo periodístico, y que conecta su acción con el trabajo reflexivo de un buen número de científicos sociales, artistas e intelectuales y, desde luego, con el trabajo de muchos de los periodistas activos.

Podemos representar la información como *mal público*, es decir, como una patología social que dificulta la comunicación efectiva, que, contrariamente a su razón de ser, bloquea la comprensión de la realidad social, a partir de un conjunto reducido de parámetros de funcionamiento del campo periodístico que han sido puestos de manifiesto por la investigación y por la reflexión de científicos sociales, trabajadores de los medios e intelectuales.

### *La subordinación a los intereses políticos y económicos*

La prensa de referencia, la prensa popular, las grandes cadenas de televisión privada y la televisión pública han demostrado una total incapacidad para sobreponerse a las orientaciones estratégicas de los grandes actores políticos o económicos en momentos de crisis estructural. Los medios pertenecientes a estos cuatro grandes conjuntos que estructuran el campo periodístico han asumido, con algunas particularidades, en lo esencial, los marcos de interpretación de los conflictos o problemas estratégicos suministrados por las fuentes, y respecto de los cuales las elites dirigentes tenían un alto grado de consenso. Así ocurrió durante la guerra del Golfo, en la intervención de la OTAN en los Balcanes, y también en las grandes movilizaciones sociales y en contra de la política económica que se dieron en España a finales de los años ochenta y principio de los noventa<sup>8</sup>.

El tratamiento periodístico dado a estas cuestiones ha tenido unicidad, más allá de la diversidad de los medios considerados, a partir de un principio general presente en mayor o menor medida en la actividad de la abrumadora mayoría de los medios. La aceptación sin mayor cuestionamiento del marco interpretativo del conflicto elaborado por las fuentes<sup>9</sup>, dejando de lado la prin-

8. Para el tratamiento periodístico del conflicto del Golfo, véase AGUILAR, S.; ZELLER, C. (1991). «Los expertos entran en escena: tecnologías mediáticas para situaciones de crisis». En *Las mentiras de una guerra: desinformación y censura en el conflicto del Golfo*. Barcelona: Deriva Editorial. Para el análisis del papel realizado por el campo periodístico en grandes crisis sociales con intensa participación ciudadana, véase AGUILAR, S.; ROCA, J. (1991). *La vaga general del 14-D*. Barcelona: Fundació Jaume Bofill. Para un análisis del gran conflicto social de diciembre de 1995 en Francia, véase LEVEQUE, S. (1999). «Crise sociale et crise journalistique: traitement médiatique du mouvement social de décembre 1995 et transformations du travail journalistique». *Réseaux*, 98, París, CNET/Hermès Sciences Publications.
9. La posición privilegiada que ocupan algunas fuentes, así como las estrategias que desarrollan para orientar el discurso periodístico, ha sido un objeto fundamental de la sociología del periodismo durante muchos años. Un avance muy significativo a este respecto fueron los trabajos de S. Hall centrados principalmente en la relación entre el poder político y el campo periodístico; fruto de este trabajo disponemos de un conjunto amplio de conceptos que nos permiten captar adecuadamente un aspecto muy importante del funcionamiento macrosocial del campo periodístico, cual es su especial receptividad a los flujos comunicativos y a los marcos explicativos que provienen de las numerosas agencias que las elites económicas y organizativas emplean para producir conocimiento experto y fundamentar sus decisiones políticas y estratégicas. Los conceptos de «primera definición» y «definidor primario» dan cuenta de esta situación y nos permiten situar adecuadamente (especialmente en los aspectos estratégicos) la capacidad de los grupos bien situados en la estructura de poder para

cial razón de ser del periodismo, cual es *mirar* con la máxima autonomía posible los hechos que conforman la vida pública. Frente a esos hechos tan fundamentales, que han dejado una huella profunda en la sociedad que los vivió, el periodismo se transformó básicamente en comunicación, entendida, principalmente, como una actividad industrial, como un flujo continuado que produce enormes cantidades de noticias, pero que apenas proporciona información y, aún menos, comprensión.

Podemos ilustrar esta dependencia estructural con un ejemplo reciente y desgraciado. Durante la intervención de la OTAN en los Balcanes se emplearon proyectiles de uranio empobrecido. Ya se habían utilizado durante la guerra del Golfo y se conocían sus devastadores efectos a través de estudios epidemiológicos realizados en la población civil de Irak por equipos médicos de Naciones Unidas y de universidades de países occidentales. También se sabía bastante por el desarrollo en Estados Unidos del llamado *Síndrome de la Guerra del Golfo* entre los soldados que habían estado en Irak. Durante el desarrollo mismo de la guerra se sabía que se estaba empleando ese sistema de armas; cualquier periodista podía consultar, por ejemplo, un periódico como *Il*

---

conformar, según sus intereses, aspectos fundamentales de la actividad periodística. Ciertamente, todo este proceso no es lineal y para que funcione efectivamente ha de realizarse según la lógica del campo periodístico; además, en su desarrollo podemos encontrar situaciones muy diversas según la naturaleza de los hechos tratados en los medios o la característica del medio en cuestión. La observación de algunas líneas de fuerza del campo periodístico sugiere a este respecto ciertas regularidades. En acciones estratégicas y militares internacionales con gran impacto social y político, los «definidores primarios» (OTAN, gobiernos de los grandes países implicados) no tienen mayores dificultades para conformar el discurso periodístico con sus definiciones; en la difusión de ideas económicas que tienden a modificar alguna situación o algunos parámetros de la cultura económica a medio plazo, las agencias que representan a los grupos de interés, especialmente organizaciones empresariales, también encuentran un terreno muy abonado en el campo periodístico; en las actuaciones de corto plazo, y que de alguna manera se integran en el conflicto político, existen más posibilidades de que las definiciones propuestas por estos «definidores» sean vistas por el sistema periodístico como lo que realmente son: una visión sobre un hecho conflictivo elaborada por un actor con intereses directos en el mismo. Podemos ilustrar esta situación en el caso español, por ejemplo, con la posición privilegiada que ha detentado una organización como el Círculo de Empresarios para trasladar sus definiciones y marcos explicativos a todo el campo periodístico. Su influencia fue decisiva para configurar prácticamente todo el discurso periodístico sobre un hecho de la máxima relevancia, como era la reestructuración del sistema de pensiones y el lugar que debía ocupar la Seguridad Social en el futuro. En cualquier caso, lo que nos interesa resaltar aquí es que no es posible hacer un periodismo con el modelo de bien público sin salir de este mediacentrismo en realidad, en el contexto de estas definiciones oficiales y de estos marcos explicativos ni tan siquiera tiene sentido hablar de «periodismo de calidad». Para una descripción detallada del mediacentrismo, véase HALL, S. (1978). *Policing the Crisis: Mugging, the State, and Law and Order*. Londres: Macmillan. Para una visión crítica de la noción de primera definición y de la teoría general del mediacentrismo, véase STEVENSON, N. (1998). *Culturas mediáticas: teoría social y comunicación masiva*. Buenos Aires: Amorrortu editores, p. 67-84. SCHLESINGER, Ph. (1992). «Repenser la sociologie du journalisme: Les stratégies de la source d'information et les limites du media-centrisme». *Rezeaux*, 51, París.

*Manifesto, Le Monde Diplomatique* u otras fuentes periodísticas, podía también leer algunos de los libros, informes o artículos científicos donde encontrar una amplia y detallada documentación al respecto. Se sabía que se estaban usando y los efectos que tenían. Lo que no se supo hacer fue salir del marco interpretativo dado al conflicto, es decir, actuar realmente como un periodista y no como un comunicador. A pesar de su trascendencia, el empleo de proyectiles de uranio empobrecido fue un *no tema*, lo fue hasta que, un año después, una fuente solvente (el Gobierno italiano) para la cultura periodística convencional lo planteo como un problema. A partir de ese momento la lógica mediática se puso en pleno funcionamiento dedicando gran atención al tema, convertido ahora en un asunto público y, por tanto, en un eje más por donde pasa la competencia política y periodística.

La conformación periodística del hecho como un asunto a debatir, como una cuestión de interés periodístico, no constituye, ciertamente, ninguna garantía de que se informará comprensivamente acerca del mismo. Una revisión del tratamiento periodístico dado al asunto en las cadenas de televisión pública y privada y en los principales periódicos durante la «segunda etapa», es decir, cuando el acontecimiento ya ha sido conformado como un tema prioritario de la agenda periodística, nos muestra una situación aún más lamentable que en el primer momento. El marco interpretativo del problema proporcionado por las fuentes ha pasado a un lugar secundario dentro del tratamiento y lo que emerge ahora es la miseria intelectual de la propia cultura periodística. Al mismo tiempo que las noticias describen con minuciosidad los riesgos que tienen los soldados que han estado en las zonas afectadas de los Balcanes, se ignora por completo la suerte de la población que vive allí. Las noticias dan cuenta de las medidas de protección recomendadas a los soldados en su momento por los mandos militares: no beber el agua de la zona y no probar frutas, verduras ni alimentos producidos en la región. Esta explicación dada por las fuentes militares y por los propios gobiernos constituye un auténtico monumento al cinismo. Si la manera de protegerse es ésa ¿cómo podría hacerlo la población local? En realidad se trata de una pregunta básica y que puede hacerse cualquier persona sensata y con cierta sensibilidad y que, sin embargo, no estuvo presente en el tratamiento periodístico dado al tema.

En este caso la mirada periodística careció de dos elementos fundamentales para realizar una aproximación comprensiva: *sensibilidad* para plantearse las preguntas adecuadas e *imaginación* para relacionar diversos hechos, para hacer comprensible un hecho social, político y estratégico cual era la intervención de la OTAN en los Balcanes y el empleo prácticamente sin límites de una gran fuerza militar. La sensibilidad es (ha de serlo) un componente muy poderoso de una mirada periodística crítica. La sensibilidad nos permite plantear preguntas que la cultura periodística convencional descarta siempre que no se corresponden con un área de interés establecido por el sistema de fuentes. Es decir, es una condición imprescindible en determinadas condiciones para actuar como periodistas y no como simples comunicadores. Es una manera de traspasar los estrechos límites que impone el mediacentrismo y, espe-

cialmente, su privilegiado sistema de fuentes. La sensibilidad nos obliga a situar en un lugar preferente de nuestra particular agenda de periodistas las condiciones de vida de la gente. Por ejemplo en el caso del tratamiento dado al empleo de proyectiles de uranio empobrecido en los Balcanes que aquí nos ocupa, un enfoque del trabajo periodístico basado en la imaginación periodística habría rechazado de inmediato la versión de las fuentes oficiales acerca de la protección de los soldados, replanteando todo el problema en los términos que corresponde: la suerte de los soldados, del personal civil y, sobre todo, de la población que vive en la zona, así como un cuestionamiento de las justificaciones oficiales que se dieron para la intervención. Es evidente que en ningún caso se puede «proteger» a una población (la gente de Kosovo) cuando se envenena el agua, el aire, la tierra, los alimentos y a los propios habitantes.

La imaginación periodística<sup>10</sup> es un instrumento que nos permite romper con el mediacentrismo, con la idea de que los temas de interés periodístico son aquellos que previamente han sido conformados como acontecimientos por alguna fuente solvente. Nos permite también eludir la tremenda jaula de hierro

10. El concepto «imaginación periodística» es, obviamente, una derivación de la espléndida y ya clásica formulación de Wright Mills: la imaginación sociológica. La adaptación nos parece plenamente pertinente dado el desarrollo que ha tenido en las últimas décadas la esfera cultural y el campo periodístico, y, de hecho, el mismo Wright Mills señalaba que en absoluto lo que él llamaba «imaginación sociológica» podía ser un atributo exclusivo de los científicos sociales. Podemos ilustrar esta concepción vital del trabajo intelectual con las propias palabras de Wright Mills: «Las cualidades de esta imaginación se han convertido en rasgos fundamentales de esfuerzo intelectual y de sensibilidad cultural en una gran diversidad de expresiones. Los buenos críticos son ejemplos de esas cualidades, lo mismo que los periodistas serios, y en realidad se juzga según ellas la obra de unos y otros [...] La imaginación sociológica nos ayuda a usar la información y a desarrollar la razón para conseguir recapitulaciones lúcidas de lo que ocurre en el mundo y dentro de nosotros. Y lo que yo me dispongo a sostener es que los periodistas y los sabios, los artistas y el público, los científicos y los editores esperan de lo que puede llamarse «imaginación sociológica» es precisamente esa cualidad». Wright MILLS, C. (1993). *La imaginación sociológica*. México D.F. Fondo de Cultura Económica. A partir de la necesidad imperativa de redefinir socialmente el oficio de periodista, podemos precisar que uno de los rasgos fundamentales de este oficio en la sociedad actual ha de ser la capacidad de situar hechos complejos dentro de esquemas explicativos amplios, que incluyen inevitablemente la perspectiva histórica, las relaciones de poder, los efectos estructuradores que sobre la acción de la gente y de los actores sociales impone la esfera económica y, en general, la estructura de poder real. Es decir, un periodista ha de tener obligadamente una cierta capacidad de análisis social, pero, a diferencia del científico social, el objeto principal de su trabajo es facilitar a la gente (a sus lectores, espectadores, oyentes) una información comprensiva de la realidad social. La imaginación periodística ha de ser la mediación que permita situar cualquier noticia dentro de las estructuras en las que puede adquirir un sentido real y que, sobre todo, nos permite ver los hechos sociales tal como son y sin necesidad de que existan «señuelos» expresamente diseñados para atraer nuestra atención. En suma, la imaginación periodística es una disposición mental analítica que impregna todo el método de trabajo del periodista y que le hace poner en tensión toda su cultura (en este modelo de trabajo se trata sin ninguna duda de su principal activo) para traducir a los lenguajes periodísticos apropiados todo aquello que aparece en su campo de observación, que, ciertamente, también ha sido redefinido.

que limita la mirada periodística a un conjunto rutinario, estrecho y previsible de temas y que adopta tradicionalmente la forma de pregunta tópica: ¿cuál es la noticia? La imaginación periodística nos obliga a sobreponernos a la futilidad de las preguntas tópicas y nos induce a elaborar nuevas preguntas que tienen que ver con la gente, con actores que tienen intereses y que saben defenderlos, nos obliga a fijar la mirada en procesos sociales sin necesidad de que medie ningún acontecimiento noticia de por medio, nos obliga a conectar unos hechos con otros a fin de buscar una explicación racional. De hecho, condiciona todo el método de trabajo periodístico, obligándonos a realizar todos los «rodeos» que sean necesarios con el fin de que la noticia que elaboramos sea algo útil, en otras palabras, que nos ayude a comprender aquel hecho o conjunto de hechos sobre el que se está informando.

La dependencia de la información respecto del campo económico y el campo político es, sin duda, mucho más extensa y profunda que la que puede inferirse del tratamiento dado a los asuntos estratégicos, visibles principalmente en momentos de crisis, que hemos considerado hasta ahora. La información económica, por ejemplo, la elaborada por la prensa de referencia, por los periódicos populares y por las grandes cadenas de televisión, constituye un paradigma de esa relación de dependencia. Tanto la selección de las noticias, la forma de construirlas como los marcos interpretativos que se utilizan para elaborar las secciones de economía reflejan la hegemonía cultural y política que las elites económicas y organizativas tienen sobre el campo periodístico en su conjunto<sup>11</sup>.

El campo periodístico ha establecido unos límites muy estrechos para el debate público en el terreno económico, circunscribiéndolo en lo fundamental a las elites económicas y organizativas, que son, además, las que producen la mayor cantidad de noticias, las fuentes de referencia y las generadoras de los marcos explicativos. De hecho, este modelo periodístico no contribuye a articular los distintos núcleos de opinión que existen objetivamente frente a cualquier decisión económica, más allá de los conflictos que se dan dentro del *establishment* en torno a las decisiones económicas. Esta forma de organizar la información y de elaborar las noticias ha contribuido mucho a legitimar la «autonomización» de la economía y a situar, crecientemente, diversos aspectos de la actividad económica fuera del ámbito de la política y del control democrático.

### *Ruptura entre el tiempo social y el tiempo de la actualidad*

La distorsión social más significativa que genera el método de trabajo periodístico se produce en el tratamiento que se da a situaciones sociales complejas, pero que son fundamentales para entender los hechos sociales acerca de los que se pretende informar. En estos casos, el factor determinante de la inca-

11. Véase ZELLER, C. (2001). «Periodismo, movimientos sociales y economía: la consulta sobre la deuda externa en la prensa de referencia». *Voces y Culturas*, 17, Barcelona.

pacidad para captar periodísticamente los contornos de un hecho significativo, comprenderlo y «traducirlo» de tal manera que la información elaborada acerca de tal o cual proceso social no mutile los hechos, reside en el propio método de trabajo de los periodistas y en la estructura organizacional del campo periodístico.

La mayor visibilidad del tratamiento periodístico que se da a las cuestiones estratégicas no debe hacer perder de vista la gran cantidad de problemas sociales que condicionan, en mayor o menor grado, la vida de la gente o que constituyen fenómenos sociales complejos y muy reales y en los cuales la mirada periodística convencional no repara, debido a que la naturaleza de estos hechos no se adapta a la lógica periodística. Esto significa dejar fuera del campo de observación periodística aspectos fundamentales de la vida pública y del mundo social, construir una actualidad periodística articulada en torno a la competencia política y a los conflictos de intereses protagonizados por los actores políticos, económicos y sociales con voz, con capacidad para crear acontecimientos y para elaborar marcos explicativos, pero que mutila una parte sustancial de la realidad social.

La concepción del periodismo, así como sus métodos de trabajo, condicionados directamente por las estructuras de producción de la información, hace muy difícil que el periodista repare, que fije su atención en procesos sociales que tienen un tiempo lento de evolución y, sobre todo, que no siempre se manifiestan de forma «llamativa». En cierto modo, es como si supiésemos que esos hechos están allí, pero en la medida que no generan noticias, no hay actores ni intereses constituidos y reconocibles, se prescinde hasta tanto no salga desde dentro de ese proceso de cambio social profundo algún fenómeno que la cultura periodística convencional pueda interpretar como un objeto noticioso. Cuando así ocurre, es decir cuando un fenómeno social complejo, con una larga evolución, se hace manifiesto en forma de conflicto o patología social concita toda la atención periodística, pero, precisamente, por la forma de aproximación y por el momento en que ésta se produce (un contexto de conflicto y de fuertes emociones) acaba siendo tratado como un acontecimiento noticia, por tanto, como un hecho periodístico que tiene sentido en sí mismo y que no requiere ser situado en una perspectiva más amplia (histórica, social, económica, cultural), termina por abortar toda posibilidad de hacer comprensible aquello sobre lo que se pretende informar.

Podemos ilustrar brevemente esta otra manifestación de la crisis del periodismo contemporáneo con un ejemplo reciente y también desgraciado. Durante los últimos veinte años diversas zonas de España han reconfigurado su estructura económica —en un contexto general de reestructuración y redimensionamiento de todo el sector primario—, creando una agroindustria muy especializada y con gran competitividad en todo el mercado español y europeo. Este proceso ha modificado profundamente la estructura económica, social y demográfica de muchas localidades dispersas por todo el territorio. Este cambio es fácilmente visible a partir de las transformaciones producidas en la propia fisonomía del paisaje: en extensas zonas han aparecido auténticos

océanos de cubiertas de plástico donde se cultiva durante la mayor parte del año todo tipo de productos. La contracara de esta imagen la tenemos, de forma más directa, en la tienda de alimentos donde la oferta de productos ha roto toda noción de ciclo natural. También podemos ver la transformación a partir de un conjunto de indicadores sociales y económicos. El incremento de la renta agraria, la fuerte especialización económica que ha reconfigurado la identidad de algunas localidades y un intenso cambio (temporal o más estructural según los casos) de la base demográfica, con una importante participación de la población extranjera dentro de la fuerza de trabajo. Esta gran transformación que aquí hemos bosquejado de forma sumarisima no presentó ningún interés para el campo periodístico. No lo presentó hasta que una de las ventajas comparativas del modelo de producción (la disponibilidad de fuerza de trabajo abundante y de muy bajo costo) hizo crisis en un punto de la cadena por un problema de integración dentro de la sociedad. Los «sucesos» de El Ejido, una localidad de poco más de 50.000 habitantes del sur de España, proporcionaron la ocasión para que los medios se ocuparan intensamente del «racismo», de la «inmigración», de la «nueva agricultura», etc. Durante el largo período de transformación que consolidó este tipo de desarrollo agrario en toda España esto no tuvo el menor interés para los periodistas; pero un suceso criminal (un asesinato protagonizado por un trabajador extranjero y un violento estallido de violencia racista en contra de los inmigrantes) fue suficiente para poner en pleno funcionamiento la lógica mediática.

El trabajo periodístico «descubría» así las condiciones de vida infrahumanas de los trabajadores inmigrados y la integración no resuelta entre dos comunidades que ocupan un lugar sustancialmente desigual en la estructura social de la localidad. La misma lógica periodística que durante largos años ignoró completamente ese hecho social y económico tan importante, focalizaba ahora toda su atención en esa localidad, hasta el punto de que su nombre ha quedado convertido en una especie de símbolo de racismo; en un recurso fácil para designar periodísticamente un hecho social complejo y que es un elemento constitutivo del gran cambio que ha conocido la sociedad española. Los distintos medios se ocuparon de mostrar algunos de los efectos devastadores del estallido de violencia, pero no tuvieron suficiente imaginación para ocuparse de todo esto antes de que fuese constituido como acontecimiento noticia, y, sobre todo, no la tuvieron para elaborar las preguntas que nos pueden permitir comprender lo ocurrido, situarlo en una estructura lógica. ¿Cuántos El Ejido hay en España? ¿Qué papel tienen las empresas multinacionales en este modelo que al mismo tiempo emplea intensamente productos químicos (insecticidas, fertilizantes, semillas modificadas), agua (un bien escaso y, paradójicamente, utilizado a discreción en las zonas más deficitarias) y fuerza de trabajo? ¿Quiénes han sido los ganadores y los perdedores de este modelo? ¿Qué efectos ha tenido sobre el sistema de valores y la cultura política de la gente de esas localidades? ¿Cómo se ha reconfigurado la estructura social y qué lugar ocupan los trabajadores extranjeros? ¿Qué papel han tenido en todo esto las políticas agrícolas de España y demás estados europeos?

Sin duda, plantear estas preguntas y buscar una respuesta es una tarea difícil en el contexto de un acontecimiento noticia. Y, sin embargo, son preguntas ineludibles si se quiere elaborar una información comprensiva que facilite al lector del periódico o al espectador de la televisión los elementos para entender una situación a primera vista completamente incomprensible e irracional. Por el contrario, fuera del acontecimiento noticia, sin factores emocionales de por medio, sin la espectacularidad del conflicto abierto, un tratamiento periodístico riguroso y comprensivo sería perfectamente factible a condición de que cambiemos radicalmente el método de trabajo y que se supere la concepción rudimentaria de noticia que marca la agenda periodística.

Precisamente, este profundo desfase entre el tiempo de la actualidad periodística y el tiempo del cambio social muestra de forma descarnada la crisis del concepto de noticia y, en términos más generales, del periodismo contemporáneo. Una crisis que tiene un tiempo de desarrollo largo y que afecta a todos los países de capitalismo avanzado, cuya industria informativa esta organizada con principios neofordistas y tiene como nervio central la búsqueda continuada de competitividad y rentabilidad, y en los cuales el campo periodístico ejerce las mismas funciones macrosociales que describíamos al principio de este artículo.

Así, por ejemplo, el periodista y comunicólogo italiano Fabio Amodeo señala que el periodismo realizado en Italia desde los despachos, y en las condiciones de trabajo más convencionales, produce socialmente un efecto, por así decirlo, de «ducha fría» a continuación de otra caliente. Este fenómeno se manifiesta, según Amodeo, principalmente en la «constante emergencia de fenómenos que ocurren desde hace años, pero que los periodistas sentados en sus despachos o pegados a sus mesas de montaje, han ignorado. Éste es el caso del neoracismo, que prospera desde hace años mimado e incitado desde los estadios. Éste es también el caso del malestar de la pequeña burguesía del norte, que termina en los periódicos cuando las alianzas más variopintas se vuelven protagonistas. Éste es también el caso de la desindustrialización, de la transformación de los partidos tradicionales en comités que se encargan de determinados asuntos. Éste es el caso de una infinidad de fenómenos que han caracterizado nuestra sociedad durante este último decenio y que han sido ignorados de forma progresiva hasta que no han alcanzado la categoría de epifenómenos, hasta que no han explotado en los periódicos»<sup>12</sup>. Una situación muy parecida ha descrito el sociólogo francés Patrick Champagne<sup>13</sup> al comparar el desarro-

12. AMODEO, F. (1993). «Elogio dell' ozio giornalistico». *Problemi dell'informazione*, 1, Milán. Véase también WOLF, M. (1996). «Le discrete influenze». *Problemi dell'informazione*, 4, Milán.

13. CHAMPAGNE, P. (1993). «La construcción mediática de malestares sociales». *Voces y Culturas*, 5, Barcelona. Champagne, analizando el tratamiento periodístico dado a una serie de conflictos urbanos en la localidad de la región parisense Vaulx-en-Velin, y que se han repetido en los principales núcleos urbanos de Francia, afirma que «para comprender los malestares de estos barrios, es necesario adoptar prácticamente un enfoque contrario

llo de algunas de las grandes transformaciones producidas en la sociedad francesa (cambios en la estructura de clases, en el desarrollo urbano de los principales núcleos de población, en la recomposición de la fuerza de trabajo y en las tendencias demográficas) con el tratamiento dado a estas cuestiones por los medios. En la abrumadora mayoría de casos estas líneas de evolución profunda, que han transformado en buena medida aspectos fundamentales de la sociedad francesa, han sido completamente ignoradas por los medios hasta que algún acontecimiento vinculado a estas tendencias «explota en la redacción de los periódicos» y los periodistas descubren la existencia del problema y lo acaban conformando periodísticamente con sus particulares categorías de trabajo.

Los dos tipos de problemas estructurales que hemos utilizado para describir las principales limitaciones del campo periodístico (la dependencia de la esfera económica y política y que asume, normalmente, la forma de un mediacentrismo y la extrema limitación del campo de observación periodístico, que deja fuera todo aquello que no es o no puede ser configurado como acontecimiento noticia) y que nos permiten caracterizar buena parte de la información periodística como un «mal público», están presentes en distinto grado en sus principales componentes: televisión, radio, prensa de referencia, prensa popular. Con todo, el hecho comunicativo más trascendente es la gran hegemonía que este modelo periodístico tiene en la información televisiva, tanto en la televisión pública como en la privada, dado que para una gran parte de la población este medio constituye su principal o única fuente de información.

Así mismo, podemos constatar que en los últimos años se ha acumulado un conocimiento considerable sobre las estructuras de producción de la información y los condicionamientos estructurales que enmarcan la actividad periodística. También se ha avanzado en el conocimiento del lugar que ocupa el campo periodístico y la industria cultural en su conjunto en los procesos de reproducción social, en la segmentación de los modelos culturales, etcétera. Sin embargo, también hemos de constatar que parte de este conocimiento científico ha sido utilizado como un mecanismo de legitimación del trabajo periodístico a través de un razonamiento pseudoacadémico que utiliza las restricciones reales que pautan la actividad de los periodistas y el funcionamiento del campo en su conjunto como un elemento exculpatario y con capacidad para presentar el periodismo como una actividad profesional que, dentro de lo posible, tiende a funcionar, si no como un óptimo, por lo menos de forma razonablemente correcta. Un razonamiento que confunde la comprensión y

---

al de la aproximación periodística e interrogar a la gente sobre su vida cotidiana. Tomarse el tiempo, por ejemplo, de reconstituir la historia de Vaulx-en-Velin». Champagne no sólo se ocupa de reconstruir la historia, sino también de analizar la incidencia de otros factores que condicionan la vida de esta localidad: el desempleo, el modelo de urbanización, la composición de la base demográfica, el lugar que sus habitantes, y en particular la población joven, ocupan en la estructura social. Paradójicamente, el nombre de esta localidad, a partir del tratamiento periodístico dado a los disturbios, quedó convertido en sinónimo de *gueto* y en recurso fácil para definir periodísticamente (¿estigmatizar?) un amplio espectro de situaciones y problemas sociales que guardan una lejana similitud entre sí.

descripción de las reglas y las lógicas que hacen funcionar el campo periodístico con una exculpación de lo que son sus efectos políticos, sociales y culturales para el conjunto de la sociedad. Es decir, que equipara la descripción de un mecanismo o de un proceso social con categorías políticas o morales y que tiende a presentar el entramado de limitaciones que configura el trabajo de los periodistas como una justificación de la profunda grieta que separa el producto de ese trabajo de las estructuras sociales en que efectivamente se desarrolla.

### **La información como bien público**

Definir la información periodística como un bien público implica establecer el papel que, en términos macrosociales (de organización de la vida pública, funcionamiento efectivo de una democracia deliberativa, existencia de mecanismos democráticos de formación de la opinión pública), cumple (ha de cumplir) el campo periodístico y las características que ha de tener el periodismo para producir bienes públicos en un terreno tan sensible como el de la información. Esta definición contiene elementos científico-técnicos (básicamente el análisis del lugar que ocupa el campo periodístico en el proceso de reproducción social y las lógicas internas que dan coherencia y que permiten el funcionamiento del campo) y también elementos sociales y políticos que vinculan la transformación del campo periodístico y, en términos más generales, de la esfera cultural, a una visión más igualitaria de la sociedad. Así pues, la perspectiva que usamos para definir qué es un bien público y qué es un mal público en la información se deriva de una concepción amplia de la democracia y del interés común.

El desarrollo pleno de la vida democrática no puede eludir el problema de la ciudadanía cultural, de facilitar al mayor número posible de personas los recursos culturales y comunicativos, a fin de poder utilizar con la máxima autonomía posible la información y poder participar de manera tanto más comprensiva en la formación de la opinión pública, al menos en los temas en los que se sientan más concernidos por su situación o intereses. Sin duda, todo esto está condicionado por la estructura de poder y por la forma tremendamente estratificada en que socialmente se distribuye la competencia cultural o el capital cultural. Pero no es menos cierto que plantearlo como un problema (un gran problema) no resuelto de la democracia liberal, que establece límites estrechísimos a la participación ciudadana en múltiples aspectos de la vida pública, puede contribuir a crear condiciones para superar esta situación. Aunque sea como una externalidad, como fue el caso de los efectos de ciudadanía económica que produjo la creación de estructuras de protección social amplias y generalizadas durante los años cincuenta en países centroeuropeos y escandinavos, cualquier avance en el desarrollo de la ciudadanía cultural tendrá efectos sociales y culturales muy positivos y puede ayudar a evolucionar al campo periodístico a través de la elaboración continuada de demandas fundadas surgidas desde la población o desde movimientos sociales amplios.

Podemos señalar, a título indicativo, tres grandes áreas a explorar con el fin de dar un contenido más preciso a la idea de información como un bien público:

- En primer lugar, se ha de producir un cambio radical en el *método de trabajo* de los periodistas, así como en la cultura periodística que racionaliza este método. El trabajo de los periodistas se ha de organizar a partir del principio de autonomía, que permite establecer los criterios de relevancia periodística con independencia de los factores que actualmente condicionan toda la construcción de la agenda periodística. Esta autonomía debe facilitar el desarrollo de una mirada periodística que busca hechos sociales relevantes, que sabe encontrarlos y comprenderlos y que, finalmente, dispone de los lenguajes apropiados para expresar estos hechos sin mutilarlos.
- En segundo lugar, el periodismo ha de explorar continuamente nuevas *formas periodísticas* que sirvan para elaborar una información compleja, capaz de dar cuenta de las causas y de los efectos de los hechos considerados y de hacerlos comprensibles a los lectores y espectadores. En el periodismo realmente existente podemos encontrar espléndidos ejemplos de formas periodísticas muy eficaces para desarrollar un periodismo comprensivo. Éste es el caso, por ejemplo, del modelo periodístico desarrollado por *Le Monde Diplomatique*, que ha sabido mirar con autonomía la realidad social, desafiar las definiciones oficiales y los marcos explicativos elaborados por el mediacentrismo y su sistema de fuentes, que ha sabido utilizar creativamente, desde un punto de vista periodístico, el trabajo de los científicos sociales y los métodos y las teorías de las ciencias sociales. Así mismo, el trabajo de algunos de los dibujantes —¿los podemos llamar *humoristas*?; ¿o bien se trata de una forma periodística tan heterodoxa que no se adapta a ninguna de las denominaciones de que disponemos?— de los periódicos españoles y europeos, nos ofrece en muchos de sus dibujos un formidable ejercicio de análisis social, de periodismo complejo capaz de situar un hecho social en una perspectiva amplia y de indagar en las causas y en los efectos. Una mirada periodística en la cual las nociones de estructura de poder y de desigualdad está siempre presente y sirven para orientar todo el análisis periodístico.
- En tercer lugar, el campo periodístico ha de ser un espacio adecuado para la *formación de la voz* de los distintos grupos sociales, más allá del lugar que éstos ocupen en la estructura social y en la estructura de poder. El campo periodístico no puede funcionar como un bien público cuando legitima el monopolio de determinados grupos para la definición y la configuración de los problemas públicos. El método de trabajo de los periodistas ha de desarrollar los registros necesarios para saber ver la acción colectiva de los diversos movimientos sociales que actúan en la sociedad (una forma de acción colectiva que concita la atención y la energía social de millones de personas, que se ocupan de un abanico muy amplio de temas y que constituyen un núcleo fundamental de reflexividad y de creación de conoci-

miento fundado sobre el funcionamiento de la sociedad), sin necesidad de que éstos tengan que elaborar alguna *performance* para atraer su atención. Los periodistas deberían abrir su espectro de referentes incorporando, significativamente, el trabajo de los científicos sociales. Esto puede ayudar a configurar los problemas de forma más fundada y con un mayor grado de autonomía (podemos recordar brevemente cómo el campo comunicativo contribuyó activamente a la creación de la alarma social en el tema de las pensiones y de la supuesta crisis de la Seguridad Social a partir de la configuración del problema por unos cuantos actores económicos interesados en la construcción de un mercado privado de pensiones, al mismo tiempo que se ignoró todo el trabajo científico —de muchos economistas, demógrafos, sociólogos— que excluía con fundamento esta visión alarmista). Esto significa que el periodista, al mismo tiempo que ve en el científico social un interlocutor válido, sabe integrar en su método de trabajo todos los instrumentos desarrollados por las ciencias sociales. Evidentemente, esto no tiene nada que ver con la imagen reductora del experto que sirve para validar aquello que ya está establecido o con la imagen triste del científico social que sale por televisión y que, o participa también en el espectáculo, o intenta vanamente articular algún pensamiento coherente antes de ser interpelado para que explique otra cosa.

Prestar atención a la formación de la voz requiere una gran sensibilidad de los periodistas hacia la diversidad de grupos y de situaciones que conforman una sociedad. Y, sobre todo, requiere prestar la máxima atención a la situación de desigualdad estructural que hace que determinados grupos puedan articular su voz a través de innumerables canales, en tanto que otros apenas pueden hacer audible sus intereses y la visión que tienen de los problemas, incluso cuando éstos les conciernen de manera vital. Facilitar desde el campo periodístico la formación de la voz de los distintos grupos sociales significa democratizar todo el mecanismo de construcción de la opinión pública y romper con la idea de una «opinión pública» elaborada a partir de los dos grandes pilares con que funciona en la actualidad: la estructuración temática a partir de los intereses de los grandes actores económicos y políticos y la pura agregación estadística de «opiniones» sobre esta agenda temática a partir de los sondeos.

## A modo de conclusión

Las dinámicas sociales y políticas, así como las estrategias desarrolladas por los grandes actores políticos y económicos en los últimos veinticinco años, han transformado profundamente las sociedades de capitalismo avanzado en todos los órdenes. En cierta medida, podemos decir que se ha producido una «gran transformación» en el sentido que Karl Polanyi daba a esta expresión. Una de las principales líneas de fuerza que ha inducido el cambio estructural ha sido el incremento del peso del mercado, de la racionalidad económica en el con-

junto del orden social. En buena medida, estas estrategias y procesos sociales desencadenados han sido una respuesta consciente o meramente adaptativa a la gran crisis que sacudió al capitalismo durante las décadas de los setenta y de los ochenta. La esfera cultural y el campo periodístico ciertamente no han sido ajenos a estas mutaciones de largo alcance. Toda la esfera cultural se ha reconfigurado de acuerdo con la racionalidad económica, lo que le ha permitido una fuerte expansión en relación con otros espacios sociales. Desde su propia racionalidad, este cambio sólo cabe interpretarlo como un gran éxito. La producción cultural y, en particular, la producción del campo periodístico ha funcionado durante las dos últimas décadas con rendimientos crecientes, con incrementos sostenidos de su productividad, lo cual le ha permitido una gran expansión y alcanzar una posición privilegiada.

Esta transformación también ha trastocado radicalmente la estructura del campo periodístico, la posición que dentro de él tienen sus principales actores y la naturaleza de los bienes que produce: información, definición y conformación de problemas públicos, difusión de hechos e ideas, canales para la expresión de la voz y para la formación de la opinión pública, un espacio para la articulación de la competencia política. Sin embargo, esta situación del campo periodístico, que desde la racionalidad económica es claramente excepcional, mirada desde un punto de vista político, desde el punto de vista de la racionalidad democrática, resulta crítica. Es una crisis que se deriva de la incapacidad estructural del campo periodístico, tal y como es en la actualidad, para facilitar la vida democrática, para alentar formas de participación social reflexiva, basadas en el conocimiento y la comprensión de los hechos que conforman la realidad social.

Esta crisis del campo periodístico sólo es visible desde una lógica democrática y desde una determinada visión del orden social; es una crisis que se manifiesta sólo a partir del momento en que se le plantean un conjunto de exigencias derivadas de la racionalidad democrática, especialmente de la necesidad de extender lo máximo posible la reflexividad, la ciudadanía cultural entre la población, de redistribuir de manera más equitativa la capacidad de definir los problemas sociales, de conformar los hechos sociales. Situado frente a estas demandas sociales, el campo periodístico es hoy día más un obstáculo que un instrumento para su desarrollo. Ciertamente, la producción del campo periodístico resulta muy útil para las elites dirigentes, porque facilita la reproducción social de un orden en el que tienen una posición privilegiada, y también, en términos más operativos, puesto que los «bienes» que produce el campo periodístico en líneas generales (al margen de algunos «accidentes» serios como lo han sido, notoriamente, la incapacidad de la prensa de referencia y de la gran prensa internacional, incluyendo las más prestigiosas publicaciones económicas para advertir cambios fundamentales e inminentes en algunos contextos, especialmente económicos, como fue el caso, por ejemplo, de la crisis financiera de Asia) resuelven bien sus problemas de «información». Incluso amplios grupos sociales, que no ocupan una posición privilegiada, pero que poseen un importante capital cultural, pue-

den utilizar eficientemente —en los hechos lo hacen— la información que genera el campo periodístico para acceder a la comprensión de la realidad social. La constatación de este hecho, no obstante, no resuelve en nada el problema que señalábamos anteriormente, como es la necesidad vital de hacer de la información un problema social, político y cultural vinculado directamente a la vida democrática.

Plantear desde la racionalidad democrática un conjunto articulado de demandas al campo periodístico haciendo abstracción de las restricciones que lo rigen, puede parecer sin duda algo utópico o completamente irrealista. Aunque, en realidad, no lo es tanto. Podemos pensar en la propia esfera económica de los países de capitalismo avanzado, en la cual —al menos desde la revolución keynesiana— resulta inaceptable para la cultura económica la idea de que la economía funciona bien cuando la gente esta cada vez peor. De igual manera, no podemos aceptar la autocomplacencia que legitima toda la acción del campo periodístico cuando socialmente podemos visualizar tantos indicadores de su crisis. Sin duda, es perfectamente factible impulsar procesos de definición social de la información como un bien público que, junto con contribuir a formar una cultura comunicativa o periodística de la población, articulen un conjunto amplio de exigencias al periodismo. Además, este movimiento social que plantea la información como un problema de la vida democrática puede tener efectos importantes dentro del campo periodístico, especialmente mejorando la posición de los propios periodistas y de todos aquellos agentes que disponen de poca autonomía dentro del campo, al proporcionarles recursos nuevos para enfrentar las rígidas reglas que condicionan su trabajo y facilitar la evolución del mismo.

## Bibliografía

### *Libros*

- AGUILAR, Salvador; ZELLER, Carlos. «Los expertos entran en escena: tecnologías mediáticas para situaciones de crisis». En *Las mentiras de una guerra: desinformación y censura en el conflicto del Golfo*. Barcelona: Deriva Editorial.
- BOURDIEU, Pierre (1996). *Sur la télévision*. París: Liber-Raisons d'Agir.
- (2000). *Los usos sociales de la ciencia*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- CHAMPAGNE, Patrick (1990). *Faire l'opinion: le nouveau jeu politique*. París: Les Éditions de Minuit.
- (1998). «La doble dependencia». En *Comunicación y política*. Barcelona: Gedisa.
- GIORDANO, Eduardo; ZELLER, Carlos (1999). *Políticas de televisión: la configuración del mercado audiovisual*. Barcelona: Icaria.
- HALIMI, Serge (1997). *Les nouveaux chiens de garde*. París: Liber-Raisons d'Agir.
- HIRSCHMAN, Albert O. (1977). *Salida, voz y lealtad*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- (1991). *Retóricas de la intrasigencia*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- NEVEU, Érik (2000). *Sociologie des mouvements sociaux*. París: Éditions la Découverte.
- STEVENSON, Nick (1998). *Culturas mediáticas: teoría social y comunicación masiva*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

*Artículos*

- AMODEO, Fabio (1993). «Elogio dell'ozio giornalistico». *Problemi dell'informazione*, 1. Milán.
- BOURDIEU, Pierre (1996). «La opinión pública no existe». *Voces y Culturas*, 10. Barcelona: Ediciones Voces y Culturas.
- BOURDIEU P.; WACQUANT, L. (2000). «Los artificios de la razón imperialista». *Voces y Culturas*, 15. Barcelona: Ediciones Voces y Culturas.
- CHAMPAGNE, Patrick (1993). «La construcción mediática de malestares sociales». *Voces y Culturas*, 5. Barcelona: Ediciones Voces y Culturas.
- SCHLESINGER, Philip (1992). «Repenser la sociologie du journalisme: les stratégies de la source d'information et les limites du média-centrisme». *Réseaux*, 51. París: CNET.
- WOLF, Mauro (1996). «Le discrete influenze». *Problemi dell'informazione*, 4. Milán.
- ZELLER, Carlos (2001). «Periodismo, movimientos sociales y economía: la consulta sobre la deuda externa en la prensa de referencia». *Voces y Culturas*, 17. Barcelona: Ediciones Voces y Culturas.

---

**Carlos Zeller**, sociólogo, es profesor de la asignatura *Periodismo de precisión* en la Facultat de Ciències de la Comunicació de la Universitat Autònoma de Barcelona, así como coordinador editorial de la revista *Voces y Culturas*.

---